

# HOJAS DEL ÁRBOL CAÍDAS

Por necesidad de agradecerlo o de dar cabida a las manifestaciones más fervientes, se ha reconocido aquí el interés con que son acogidos estos libros por la mayoría de los lectores y la ilusión con que se les espera. No es ningún alarde de vanidad el proclamarlo con sencillez y naturalidad, como no la hay en decir que están hechos con toda el alma, porque para qué es así, pero no se es tan iluso ni tan necio como para creer que merezcan un acatamiento universal y un cuidado exquisito por parte de todos los que los reciben generosamente.

Pero precisamente por ese interés predominante se conocen los odios gratuitos, sin saber de qué, de algunas personas, la desatención de otras y el abandono de más de cuatro que se ve con sentimiento por los simpatizantes.

Cualquier abandonado o descuidado deja el libro cerca de la lumbre o lo entrega a los chicos para jugar, lo rompen, salen las hojas a la calle y es muy raro que alguien que pase no venga con las hojas a decir donde las recogió y se sepa aproximadamente de la casa que proceden.

No se trata de censurar el descuido sino de reconocerlo y lamentarlo, por las muchas personas que los desean y no pueden conseguirlos y lo equilibradas que quedarían las cosas devolviéndolos quienes no les interesen y dándoselos a quienes los desean. Sin ese sentimiento tan acendrado de la mayoría de los alcazareños, estos hechos pasarían desapercibidos.

Las personas que los critican acerbamente están en su derecho, para eso son libres y lo único que se siente es no conocer al dedillo las censuras y sus fundamentos para corregir las faltas, ya que no pueda nadie mirarse en sus obras para aprender.

Los que más o menos les ponen motes sin gracia no hacen más que acreditar su vacuidad, pero un mote penetrante, de hondura alcazareña, de los que no tienen vuelta de hoja, que resumiera y mejorara su nombre y cualidades, sería una cosa ideal que quedaría fija para siempre en la mente popular. ¡Qué suerte si brotara!

Por desgracia, lo oído hasta ahora carece de fuste, pero qué bien si el aire cambiara de rumbo y prendiera la chispa en quienes la tienen, que no necesitarían ocultarse sino lanzarlo a los cuatro vientos como los que arrancan las hojas y las tiran, pues

«Hojas del árbol caídas,  
juguete del viento son»